

Para un esquema histórico del pensamiento geográfico*

por RAMON GRAU y MARINA LÓPEZ GUALLAR **

Palabras clave:

Ciencias sociales; Historia de la geografía; Historicismo; Naturalismo; Pensamiento geográfico.

El objetivo de este artículo es contribuir a la construcción de un esquema comprensivo de la historia de la geografía moderna, rompiendo con los dos inconvenientes mayores de las aproximaciones clásicas: la parcialidad metodológica, es decir, el rechazo de una parte de la tradición geográfica en función de las opciones propias de quien realiza la introspección histórica, y el aislacionismo, esto es, la consideración de que la problemática de la geografía no tiene parangón en otras ciencias. Se postulan aquí, en cambio, la necesidad de reconocer el papel históricamente positivo de las distintas propuestas metodológicas que se han venido sucediendo en el modelado de la temática geográfica desde el siglo XVIII y la interpretación de esta dinámica como un caso particular dentro de la evolución general de las ciencias humanas.

CAMBIO METODOLÓGICO Y REVISIÓN HISTÓRICA

Reconstruir la historia de una ciencia es una manera de formular una determinada concepción de esa disciplina o de consolidar una definición ya establecida. Cualquier opción metodológica plenamente afirmada posee su propia legitimación

* Este trabajo fue presentado como comunicación a la ponencia sobre *Pensamiento geográfico* del II Coloquio Ibérico de Geografía, celebrado en Lisboa en octubre de 1980. En el debate que siguió a su exposición, el doctor Vilà Valentí tuvo la amabilidad de subrayar la verosimilitud de nuestro esquema. Mereció también un comentario extenso y alentador por parte del ponente, doctor Horacio Capel, cuyas palabras están puntualmente recogidas en la publicación subsiguiente: *Clasificaciones, paradigmas y cambio conceptual en geografía*, «II Coloquio Ibérico de Geografía, Lisboa, 1980. Comunicações. Volume II», 1983 (pp. 133-151). Por razones ajenas a nuestra voluntad, el texto de nuestra comunicación no ha quedado recogido en dicho volumen. Habiendo desarrollado otros trabajos que descansan explícitamente en el esquema presentado en Lisboa, nos parece oportuno publicar ahora aquel escrito, sin otras modificaciones mayores que la referencia en nota a trabajos complementarios posteriores.

** Profesora del Institut Nacional de Batxillerat «Montserrat», de Barcelona.

histórica, como resultado de un esfuerzo deliberado de parte de sus defensores. Eso obliga a los innovadores a buscar un respaldo histórico a sus propias posiciones mediante la construcción de un esquema de interpretación alternativo que dé cabida en el pasado de la disciplina a prácticas semejantes a las que se quieren introducir. De este modo, las discusiones que afectan a la investigación científica fundamental se expresan también en el campo de la historia de la ciencia.

En geografía, el debate metodológico en clave histórica se ha convertido en una firme tradición a partir de la crítica del determinismo ratzeliano por Febvre (1922), de la presentación de la opción historicista como kantismo por Hettner (1927) y Hartshorne (1939) y de la crítica de esta última operación en un escrito que se convirtió en bandera de la «nueva geografía» (Schaefer, 1953). Los adeptos a este último movimiento de renovación, a pesar de su insistencia en partir de una definición de la geografía en términos lógicos y no históricos, han desarrollado un notable esfuerzo por reinterpretar el pasado de la disciplina; sin duda, para contrarrestar el formidable peso de la tradición «excepcionalista» (Harvey, 1969; Abler, Adams y Gould, 1972). En cuanto al futuro inmediato, no es difícil augurar que las tendencias surgidas en los años 70, con su rechazo parcial de los principios de la geografía cuantitativa, van a añadir nuevos y ricos matices a la historia disciplinaria, entre los que ya es posible destacar la importancia atribuida por los «geógrafos radicales» a figuras de la izquierda decimonónica como Marx, Kropotkin o Reclus.

La proliferación de esquemas históricos tan dispares como los que han ido surgiendo con el avance del siglo tiene, en el peor de los casos, un gran valor testimonial. Efectivamente, esas interpretaciones retrospectivas arrojan tanta luz sobre el tiempo del científico que las produce como sobre el pasado que es objeto formal de su discurso.

La actual divergencia de planteamientos históricos entre los geógrafos no hace sino reflejar la diversidad de posiciones metodológicas que caracteriza el panorama contemporáneo de esta ciencia y que da lugar a la impresión general de confusión y caos sobre la que insisten quienes intentan desentrañar la evolución de la disciplina día a día, como es el caso de los colaboradores de *Progress in Geography* (por ejemplo, Smith, 1979). Una de las mejores maneras de orientarse en ese aparente galimatías es, precisamente, aprovechar la enorme oportunidad que brindan las incursiones históricas de los geógrafos actuales más influyentes, puesto que en ellas hay otras tantas autodefiniciones que, por estar en la misma clave, son directamente comparables.

No obstante ese valor testimonial, la mayor parte de las interpretaciones históricas de la disciplina por parte de los geógrafos clásicos carece del valor demostrativo buscado. Chisholm ha señalado, por ejemplo, la circularidad del procedimiento seguido por Hartshorne para llegar a la definición de la geografía por vía histórica (Chisholm, 1975, pp. 45-46). Cuando más rápido sea el ritmo de producción de nuevas versiones del pasado disciplinario, tanto más probable es la generalización de actitudes escépticas acerca de la utilidad de ese tipo de conocimiento e incluso sobre la posibilidad de un discurso histórico objetivo. Sin embargo, tanto el fracaso de los intentos de fijación histórica de la naturaleza de la geografía, como la multiplicación de interpretaciones discordantes, pueden ser considerados condiciones necesarias para el surgimiento de una visión histórica más madura y, sobre todo, para una mejor articulación entre historia disciplinaria y práctica actual.

La experiencia común de la historiografía muestra que en este campo la deseada objetividad científica es siempre una meta lejana a la que los investigadores se acercan laboriosamente a través de la producción de trabajos eruditos, de la confronta-

ción entre interpretaciones divergentes y de los esfuerzos por llegar a síntesis superadoras de los conflictos (Carr, 1961, pp. 161-168). Así pues, el debilitamiento de la función normativa del discurso histórico, que estaba ligada a una situación de monopolio de la historia disciplinaria por parte de los adeptos a una corriente metodológica dominante, ha de ser contemplado, desde el punto de vista del progreso historiográfico, como un signo positivo de maduración. A su vez, la posibilidad de producir y difundir visiones alternativas otorga a la historia de la ciencia una función más estimulante que la de reafirmar una ortodoxia cualquiera y que consiste en favorecer la asimilación de la pluralidad inherente al proceso cultural. La confrontación del geógrafo encuadrado en una determinada escuela con diferentes proposiciones que se han formulado en algún momento del desarrollo de la cultura científica, examinadas de manera comprensiva y no simplemente caricaturizadas, posibilita una adhesión más matizada a las convicciones propias y una mayor apertura a los planteamientos metodológicos ajenos.

NATURALISMO E HISTORICISMO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Posiblemente, la principal ventaja de la masiva utilización de las ideas sobre la evolución de la ciencia difundidas por el célebre ensayo de Thomas S. Kuhn (1962) para dar cuenta de la historia de las ciencias humanas —uso del que tenemos buena experiencia en geografía (Chorley y Haggett, 1967; Berry, 1973)— haya sido objetivar las diferencias de estas últimas con las ciencias naturales, campo sobre el que versaba el análisis de Kuhn. Según la formulación original de este autor, para que se pueda hablar con propiedad de «paradigmas» científicos, éstos tienen que ser objeto de aceptación universal durante un cierto tiempo. Si esto es así, difícilmente se puede hablar en ciencias humanas de «paradigmas» ni, en consecuencia, de auténticas fases de «ciencia normal» ni de verdaderas «revoluciones científicas»¹.

Aun cuando todavía se están desarrollando intentos de complementar la teoría de Kuhn para hacerla capaz de explicar la mayor complejidad de la evolución de las ciencias sociales (en geografía, por ejemplo, Johnston, 1978), creemos más productivo y esclarecedor —además de más fiel al pensamiento del mismo Kuhn— partir de la inexistencia de unanimidades claras y duraderas y de la recurrencia periódica de temas y actitudes como rasgos visibles en el desarrollo integral de las ciencias humanas.

La evolución de las ciencias humanas aparece ligada en sus inflexiones principales a la larga polémica, abierta en el siglo XVIII y no zanjada todavía, entre dos actitudes contrapuestas acerca de la esencia del método propio de esta parte de la cultura científica. Por supuesto, cada una de esas dos actitudes ha adoptado formas diferentes y cada vez más matizadas con el paso del tiempo, pero su núcleo originario

1. A la vista del uso que se viene haciendo de esos conceptos en el campo de las ciencias humanas, no parece ocioso recordar que Kuhn los introduce, precisamente, para definir la historia de las ciencias naturales en contraposición a las sociales: «... la práctica de la astronomía, de la física, de la química o de la biología, no evoca, normalmente, las controversias sobre fundamentos que, en la actualidad, parecen a menudo endémicas, por ejemplo, entre los psicólogos o los sociólogos. Al tratar de descubrir el origen de esta diferencia, llegué a reconocer el papel desempeñado en la investigación científica por lo que, desde entonces, llamo "paradigmas". Considero a éstos como realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica» (Kuhn, 1961, p. 13).

permanece, en la medida en que descansa en lo que Dilthey denominó una «idea del mundo».²

Designar de manera inequívoca las dos tendencias metodológicas mencionadas no es una operación fácil, máxime si debemos especificar, no sólo las diferencias generales entre una y otra actitud, sino también las diversas formas históricas que han ido adoptando a lo largo de doscientos años de pugna y mutua influencia.

Nos parecen inadecuadas aquellas soluciones que consisten en utilizar los mismos términos para designar los dos principales niveles de concreción histórica de la polémica: la globalidad de los siglos XVIII-XX, como ámbito cronológico en el que se desenvuelve el proyecto de las ciencias sociales, y las etapas en que se produce esa evolución. Se favorece así una confusión de planos históricos tan innecesaria como peligrosa.

En la que Foucault (1969) llama críticamente «historia de las ideas» es costumbre rastrear el origen de determinados elementos culturales independientemente de los contextos históricos en los cuales alcanzan sentido preciso. Con frecuencia, esas «corrientes» o «constantes» se designan por medio de términos referidos a períodos concretos. Ahora bien, la amplitud cronológica que alcanza el término es función de la reducción de su contenido. Si en determinados supuestos este procedimiento es útil, no cabe duda de que la menor extensión del contenido del término en cuestión supone una dificultad a la hora de describir la globalidad histórica de la que fue extraído. En este caso está, sobre todo, el término «positivismo», ligado originariamente al nombre de Auguste Comte y, por extensión, al de otros filósofos y científicos de mediados del siglo XIX, cuando se usa, además, para caracterizar las otras manifestaciones de la misma rama metodológica desde el Siglo de las Luces a la actualidad. En autores como Kolakowski (1966) o Moulines (1979), la conceptualización de la «corriente positivista», a la luz de los desarrollos recientes de unos autodenominados herederos del legado positivista, lleva a la paradoja, inaceptable desde el punto de vista estrictamente historiográfico, de poner en duda —o incluso negar— el carácter positivista del pensamiento comtiano. En toda descripción histórica, es regla que los términos designativos extraídos de los documentos de la época conserven su contenido original con cierto rigor y fidelidad.

Por otro lado, cuando se critica a Comte por no haber sido «auténticamente» positivista, no sólo se está desdibujando una entidad histórica hasta hacerla irreconocible, sino que se está implicando, también, que dentro de la corriente positivista sólo caben aportaciones acertadas —lo que hoy aparece como aportaciones acertadas— y que el «positivismo» tiene la exclusiva de las soluciones correctas. Una secuela de este modo de ver las cosas es la caracterización de todo lo que no es integrable como «positivismo» por vía negativa: «anti-positivismo». Semejante simplificación impide ver la menor lógica interna en el desarrollo del proyecto de las ciencias sociales durante los dos últimos siglos.

Entre las aproximaciones que optan, en principio, por una actitud neutral ante la polémica metodológica de las ciencias sociales, la reciente de Von Wright (1971)

2. «Tanto la religión como la filosofía buscan firmeza, eficacia, dominio, validez universal. Pero la humanidad no ha avanzado un solo paso por este camino. La lucha de las ideas del mundo entre sí no ha llegado a una decisión en ningún punto capital. La historia realiza una selección entre ellas, pero sus grandes tipos quedan en pie unos junto a otros, independientes, indemostrables e indestructibles. No pueden deber su origen a ninguna demostración, y ninguna demostración puede disolverlos. Los estadios particulares y las formas especiales de un tipo pueden refutarse, pero su raíz en la vida perdura y sigue actuando y crea siempre nuevas formas» (Dilthey, 1911, p. 49).

escoge para la larga duración los términos de «tradición galileana» y «tradición aristotélica». Aun apreciando esa aportación, creemos que trabaja con unas referencias históricas demasiado alejadas —y desigualmente alejadas, por añadidura— de la problemática específica de las ciencias sociales, cuya concepción arranca del momento histórico de la consolidación del paradigma newtoniano en las ciencias naturales. Más interesantes nos continúan pareciendo las primeras aproximaciones historiográficas al dualismo metodológico por obra de diversos filósofos e historiadores de la cultura de principios del siglo XX, entre los que cabe destacar el tratamiento de la dicotomía *naturalismo/historicismo* en Ernst Troeltsch (1922).

De acuerdo con esta nomenclatura, se puede distinguir, al nivel de la máxima generalidad históricamente relevante, entre *naturalismo*, la actitud que sostiene la necesidad de aplicar el método de las ciencias naturales como única vía para fundar las ciencias sociales y que pone el énfasis en la *explicación*, e *historicismo*, según el cual no puede llegarse al auténtico conocimiento de lo humano a través de la inclusión de los casos particulares en clases e insiste en la necesidad de acceder a la *comprensión* de las intenciones que guían la acción humana y de la finalidad que da sentido al mundo.

El enfrentamiento entre estas dos actitudes se traduce en una alternancia de períodos de predominio naturalista y otros de signo historicista. Este tipo de evolución característica se realiza, fundamentalmente, a través de un mecanismo de sustitución periódica movido por el contraste que se produce en las ciencias humanas naturalistas entre su voluntad esencial de incidir en la práctica social en un sentido utilitario y la necesaria abstracción de sus realizaciones. Éstas suscitan movimientos de reacción cuya mayor contribución es aportar datos que muestran la insuficiencia de las teorías naturalistas en relación con la complejidad de la vida histórica. Esos datos deberán ser integrados por cualquier nueva formulación naturalista. Buenos ejemplos de este tipo de funcionamiento son, en el terreno de competencia de los geógrafos, la reacción contra las divisiones territoriales del tipo «departamento», desarrolladas por la Revolución Francesa y exportadas por el imperialismo napoleónico, y la oposición contra el urbanismo geométrico de Cerdà o Le Corbusier, tan «racional» e «igualitario» como los principios ilustrados de la Francia revolucionaria.³

A grandes rasgos, se puede distinguir en la evolución de los últimos siglos una serie de etapas —cuya cronología habría que matizar según las disciplinas y los países— en las que naturalismo e historicismo alternan de forma bastante regular en el control de las ciencias sociales.⁴

A la *Ilustración*, verdadera creadora de la idea de una ciencia social según el

3. Sobre el «urbanismo», considerado como ciencia social aplicada en la que aparece con claridad el mencionado mecanismo de sustitución dialéctica de enfoques metodológicos, hemos dado a la imprenta los siguientes trabajos: Ramón Grau: *Ildefonso Cerdà y la geografía catalana*, «Revista de Geografia» (Barcelona), XIV, 1980, pp. 75-89; Ramón Grau y Marina López Guallar: *El concepto de monumento histórico en Barcelona (1835-1982)*, «Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano. Segundo Simposio, 1982», Madrid, Universidad Complutense, 1985, II, pp. 1055-1064. Ramon Grau i Marina López Guallar: *La gènesi del Parc de la Ciutadella*, in «El Pla de Barcelona i la seva història. Actes del I Congrés d'història del Pla de Barcelona...», novembre de 1982», Barcelona, La Magrana-IMH, 1984, pp. 441-467; Manuel Arranz, Ramon Grau i Marina López: *El Parc de la Ciutadella. Una visió històrica*, Barcelona, Ajuntament-L'Avenç, 1984, 124 pp.; Ramon Grau i Marina López Guallar: *L'urbanisme de la Il·lustració a Barcelona*, «Pedralbes», V, 5 (1985), pp. 59-79.

4. Hemos especificado el sentido de este movimiento dialéctico entre naturalismo e historicismo en: Ramón Grau y María Sala: *La geomorfología en sus tratados y manuales: un esquema histórico de la disciplina (1870-1982)*, «Revista de Geografia» (Barcelona), XVI-XVII, 1982-1983, pp. 175-192. Véanse especialmente las pp. 180-183.

modelo naturalista y con una decidida voluntad pragmática, responde críticamente el *romanticismo*, gestado en la última parte del siglo XVIII y predominante durante los primeros decenios del siglo XIX. En la línea naturalista de la cultura ilustrada, pero con asimilación de la idea de la historicidad esencial de la realidad, proclamada por los románticos, el *positivismo* va a presidir, desde los decenios centrales del siglo pasado, la etapa clave para la cristalización de las ciencias sociales diferenciadas. Es desplazado progresivamente de ellas por las críticas del *neo-romanticismo*, que coincidiendo con la crisis del paradigma newtoniano en las ciencias naturales alcanza su esplendor durante el primer tercio del siglo XX. A la proposición de un método específico para las ciencias humanas, que separa a los neo-románticos del monismo naturalista de ilustrados y positivistas y del monismo historicista de los románticos radicales, sucede la reafirmación de la unidad metodológica por parte del *neo-positivismo*, floreciente durante el segundo tercio del siglo actual y sujeto hoy, a su vez, a una oleada de críticas.⁵

NATURALISMO E HISTORICISMO

Que en geografía existe una doble tradición metodológica es una idea ya antigua que se reconoce en las confrontaciones clásicas entre «determinismo» y «posibilismo» (Febvre, 1922) y entre «excepcionalismo» y «concepción científica» (Schaefer, 1953). A pesar de que los juicios de Febvre y Schaefer sobre las dos opciones metodológicas son diametralmente opuestos, sus clasificaciones comparten dos rasgos que les han impedido, a uno y a otro, fundar una historia de la disciplina verdaderamente comprensiva: en primer lugar, la consideración de que sólo una de las dos tradiciones es válida, en tanto que la otra queda reducida a la condición de desviación —o de paréntesis, como quiere Burton (1963)—; en segundo lugar, la nomenclatura *sui generis* de los movimientos, que crea la falsa impresión de que el caso de la geografía es único y carece de conexiones significativas con la problemática de otras disciplinas.

En la actualidad, la ausencia de un triunfo definitivo de la «nueva geografía» de los cuantitativistas y la irrupción de corrientes que significan un retorno al historicismo han convertido en anacrónica la intolerancia típica de los autores citados y están abriendo paso a valoraciones de aquella dualidad concebidas en términos mucho más cautos (Bird, 1978 y 1979). Por otro lado, el contacto menos belicoso de la geografía con las otras ciencias humanas, que parece ser un rasgo significativo de la evolución cultural de los últimos lustros, favorece una comprensión más amplia y objetiva del sentido histórico de la polaridad metodológica.

En cualquier historia de esta antigua rama del saber que es la geografía puede advertirse la insistencia en la solución de continuidad formalizada alrededor del año 1800 (Dickinson, 1969; Clozier, 1972). Los rasgos diferenciadores de la geografía contemporánea con respecto a la practicada antes del siglo XVIII aparecen como un dato incontrovertible y aceptado con generalidad, aunque la fecha más precisa para el comienzo de la nueva tradición puede oscilar varios decenios según el punto de

5. Fuera del ámbito estricto de la geografía hemos trabajado este esquema en el terreno de la historiografía en numerosos artículos para la obra colectiva *Ictineu. Diccionari de les ciències de la societat als països catalans (segles XVIII-XX)*, Barcelona, edicions 62, 1979. Entre ellos: «Arqueologia», «Filologia», «Historiografia», «Il·lustració» y «Positivisme». Una versión posterior: Ramón Grau y Marina López: *L'escola historiogràfica*, en la obra colectiva: *L'aportació de la Universitat catalana a la Ciència i a la Cultura*, Barcelona, L'Avenç, 1981, pp. 148-154.

vista del autor. Para quienes, más o menos influidos por los estudios de sociología de la ciencia, subrayan el criterio de la institucionalización de la disciplina y de la aparición de una comunidad científica, el momento más significativo es, generalmente, el octavo decenio del siglo XIX, en plena época del positivismo (Claval, 1964; James, 1972; Capel, 1977). Para otros, tal vez la mayoría, los padres de la geografía moderna son Humboldt y Ritter, influidos por el romanticismo, activos durante la primera mitad del siglo pasado y fallecidos ambos en 1859. Desde el punto de vista del diseño temático de la disciplina en su forma moderna y de la fundamentación de las técnicas eruditas que son el soporte de su carácter científico, es difícil negar la importancia de la contribución de los dos clásicos alemanes. No obstante, su magna obra no se puede entender, a nuestro juicio, si no es como desarrollo de y respuesta a las tesis de la Ilustración sobre la naturaleza y el hombre.

El encargo de estudiar las relaciones entre el hombre y el medio, eje de la investigación geográfica durante los dos últimos siglos y principal fundamento de la unidad de la disciplina en un mundo cada vez más vertido a la especialización, otorga a la geografía un lugar bastante bien definido dentro del programa de las ciencias sociales. La elevación de aquel tema a la categoría de problema científico de primer orden es obra de la cultura ilustrada y, en este sentido, la historia de la geografía moderna comienza con la integración del ambientalismo en la concepción del mundo laica articulada por los ilustrados.

La influencia del medio natural, idea antigua reintroducida en la alta cultura por Montesquieu, es manejada por los ilustrados como teoría de segundo grado, es decir como elemento a quedar enmarcado por el idealismo cultural, que es una componente de rango superior dentro del panorama de ideas de la Ilustración. Es esgrimida principalmente como posible explicación de la desigualdad efectiva entre las naciones, una situación que contradice las tesis centrales acerca de la igualdad esencial entre los hombres. Las diferencias del medio natural pueden explicar la diversidad observable en la situación de las distintas comunidades humanas, no obstante estar todas ellas igualmente capacitadas para alcanzar el estadio de progreso. Ahora bien, la aparente perennidad de los datos físicos de un territorio hace peligrosa la explicación, en cuanto tiende a presentar las diferencias como naturales (y la naturaleza es, para los ilustrados, perfecta) y no como situacionales. La prevención contra un tipo de explicación que pone en peligro la doctrina de la universalidad del progreso impulsa a la mayoría de los ilustrados a insistir en los cambios registrados en el tiempo por comunidades asentadas en territorios cuyas características no han variado y a atribuir esas desviaciones respecto a la situación ideal de progreso a causas morales, es decir a factores dependientes de la voluntad humana. A esa conflictividad de la explicación ambientalista dentro del mundo de ideas del siglo XVIII debe atribuirse la no-fundación de la geografía moderna por parte de los enciclopedistas.⁶

En polémica con la Ilustración, los románticos afirman que las diferencias observables entre las distintas naciones no sólo no son una anomalía dentro de la tendencia general hacia el perfeccionamiento, sino que son imprescindibles para el progreso de la humanidad, entendido ahora como una evolución constante de todo lo real, constituida a base de los desarrollos originales e irrepetibles de las diversas naciones. La diferenciación del medio natural juega en esta teoría general un papel positivo de cara a la definición de las colectividades nacionales, cuya historia comien-

6. Hemos tratado este tema en: Ramón Grau y Marina López Guallar: *El pensament historiogràfic d'Antoni de Capmany: de la Il·lustració al romanticisme*, «Primer Congrés d'Història Moderna de Catalunya; 2n volum», Barcelona, Universitat, 1984, pp. 589-596.

za con la adaptación a las características del territorio propio y es interpretada como resultado de una necesidad intrínseca de llegar a la realización plena e incondicionada del ser colectivo. El medio natural no es visto como un elemento exterior, sino como una componente integrada en la totalidad que es la nación, y sus rasgos deben ser comprendidos a la luz de la finalidad ideal del pueblo que en él se desenvuelve.

Este conjunto de ideas del romanticismo, articuladas en las grandes generalizaciones de la filosofía de la historia de Herder y Hegel, da sentido también a la vía erudita que propugnan Niebuhr y Ranke en historiografía y Humboldt y Ritter en geografía, puesto que proporciona el marco teórico adecuado para la construcción de disciplinas dedicadas al estudio de las variaciones de la situación de la humanidad en el tiempo y del medio ambiente natural en el espacio: a través de esa infinita variedad de lo concreto es posible intuir el plan de conjunto del universo.

La cristalización de la ciencia geográfica moderna por obra del romanticismo ha creado una serie de formas y tradiciones que hacen aparecer a la geografía como una disciplina congenial con el historicismo, a la inversa de lo que sucede con las ciencias sociales propiamente dichas, creación del naturalismo ilustrado o positivista. De hecho, los avatares de la polémica entre las dos tradiciones metodológicas se expresan no sólo en cambios en el interior de cada disciplina para adaptarse a la corriente en ascensión, sino también en el desplazamiento del interés de los intelectuales hacia aquellas disciplinas que mejor se acomodan a la filosofía de la ciencia dominante. Este tipo de comportamiento, oscurecido desde finales del siglo XIX por la existencia de comunidades científicas interesadas ante todo en la pervivencia de las respectivas disciplinas y que, por tanto, se esfuerzan por armonizar la tradición propia con las doctrinas en boga, se muestra con bastante claridad hasta el momento de la institucionalización. En efecto, con el advenimiento del positivismo se produce el eclipse de la geografía ritteriana, fenómeno al que se refieren todos los historiadores de la geografía y que, a nuestro juicio, hay que conectar con el auge contemporáneo de otras ciencias que se adaptan mejor a los principios analíticos y generalizadores del naturalismo. Muchos hallazgos teóricos que desde una perspectiva actual aparecen como esenciales para la construcción de una verdadera geografía general surgen durante esta etapa fuera de los límites de nuestra disciplina o tienden a propiciar su disgregación en disciplinas analíticas.

Afortunadamente para la geografía, el positivismo, como intento de síntesis entre el naturalismo ilustrado y la historización general del romanticismo, produce con el evolucionismo de Darwin y Spencer una teoría científica en la que la relación del hombre con el medio juega un papel fundamental. Esto permite a Ratzel, entre otros, efectuar una traducción del mensaje de la geografía ritteriana al lenguaje positivista mediante la eliminación del finalismo romántico. El reforzamiento del ambientalismo fructifica en la construcción de una ambiciosa geografía general que recoge en provecho de la naciente antropogeografía los esfuerzos de medio siglo de positivismo en las ciencias sociales.

La reacción historicista que se abre paso durante los últimos años del siglo XIX cuenta, en geografía, con importantes bazas que permiten augurar una rápida expansión de la disciplina: la situación institucional consolidada o en vías de rápida consolidación, la teoría global del primer romanticismo y las teorías parciales y la técnica empírica rigurosa del positivismo. No obstante, la combinación del énfasis en la libertad del hombre con el reconocimiento de la adecuación del determinismo en la interpretación de los fenómenos naturales debe resolverse en la ruptura con el monismo filosófico y metodológico de los sistemas anteriores, lo cual hace aflorar, con una claridad sin precedentes, los problemas derivados del enfoque globalizador lega-

do por el romanticismo. No hay más remedio que reconocer la heterogeneidad de su posición media entre las ciencias naturales y las ciencias humanas, a la vez que se está debilitando el poder unificador del ambientalismo, puesto que se rompe con la idea de una determinación lineal del medio sobre el hombre. El grave peligro de descomposición de la ciencia geográfica es conjurado mediante la centralización de los esfuerzos eruditos en la geografía regional —lo cual es una dirección pertinente después de los amplios esquemas teóricos del positivismo ratzeliano—, mediante la afirmación de la interdependencia de los diversos elementos heterogéneos que se combinan en un paisaje —lo cual constituye la mayor aportación teórica de este segundo historicismo— y mediante una recaída en el realismo epistemológico más extremado, que ha sido la principal fuente de problemas en esta etapa.⁷

El tema central del neo-positivismo es el retorno a la afirmación de la unidad metodológica de la ciencia, en abierta polémica con el dualismo introducido por los neo-románticos. Este enfrentamiento histórico confiere una especial agresividad al monismo neo-positivista, a pesar de que en origen hay un cuidado exquisito en no transferir la afirmación al plano ontológico, sobre el que se tiende a mantener una actitud agnóstica compensada por un fuerte pragmatismo. La sutil diferenciación de planos establecida, que está en las antípodas del realismo epistemológico tradicional en los geógrafos y acentuadísimo en los neo-románticos, no siempre ha sido bien asimilada en la práctica por nuestros profesionales, ni siquiera por algunos de los representantes más cualificados de la «nueva geografía».

Con todo, el énfasis en la necesidad de refundamentación metodológicamente la disciplina permite a los primeros geógrafos adeptos al neo-positivismo intentar, hacia 1960, la estructuración de la geografía sobre bases prácticamente inéditas. En efecto, no se hace descansar ya la unidad de la disciplina en la importancia de los nexos entre el medio y el hombre —que por primera vez en la historia de la geografía moderna pasan a un lugar secundario—, sino sobre la identidad morfológica de todos los fenómenos de distribución en el espacio, sean producidos por los elementos naturales o por el hombre. La nueva definición de la geografía como ciencia de las distribuciones en el espacio —y sólo secundariamente ciencia de las combinaciones de fenómenos en áreas concretas— ampara la adopción de formas radicalmente distintas a las del neo-romanticismo, a través de operaciones como la transferencia de modelos elaborados en el campo de la geografía física al territorio de la geografía humana, el cultivo intenso de la geografía general en todas sus ramas sin miedo a estar amenazando la supervivencia de la disciplina y la ampliación de las perspectivas de una geografía humana autónoma más allá de lo que permitía la concepción ambientalista.

El fracaso de esta ambiciosa construcción en el intento de convertirse en una nueva ortodoxia ha llevado, durante el último decenio, a una situación de pluralidad de prácticas y de ideas en la que destaca, cada vez con mayor fuerza, un coro de voces que acusan a la geografía neo-positivista de reduccionismo y de ideologismo. Por tercera vez desde finales del siglo XVIII, el pragmatismo de la corriente naturalista, con su corolario de las incisivas intervenciones en el funcionamiento de la sociedad, está generando una respuesta multiforme a través de la cual afloran, transformados, los temas tradicionales del historicismo.⁸

7. Hemos examinado el fundamento de la geografía neo-romántica francesa en: Ramón Grau: *Sobre la base filosófica del método regional en Vidal de la Blache*, «V Coloquio de Geografía, Granada, 1977», Granada, Universidad, 1977, pp. 297-301.

8. Hemos aplicado nuestro esquema histórico a la valoración crítica de una proposición metodológica posterior al neo-positivismo en: Ramón Grau: *Estudios integrados de paisaje e historiografía*, «I Coloquio de Paisaje y Geosistema, Abril, 1980», Barcelona, Universitat, 1984, pp. 81-100.

Bibliografía

- ABLER, R., ADAMS, J. S. y GOULD, P. (1972): *Spatial Organization*, Londres, Prentice-Hall International, 1972.
- BERRY, B. J. L. (1973): *A Paradigm for Modern Geography*, in Chorley, R. J. (ed.): *Directions in Geography*, Londres, Methuen, 1973, pp. 3-21.
- BIRD, J. (1978): *Methodology and philosophy*, «Progress in Human Geography», 2, 1, pp. 133-140.
- BIRD, J. (1979): *Methodology and philosophy*, «Progress in Human Geography», 3, 1, pp. 117-125.
- BURTON, I. (1963): *The Quantitative Revolution and Theroretical Geography*, «The Canadian Geographer», 7, pp. 151-162.
- CAPEL, H. (1977): *Institucionalización de la geografía y estrategias de la comunidad científica de los geógrafos*, «Geo-crítica», 8-9.
- CARR, E. H. (1961): *What is History?* Versión castellana: *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1966.
- CHISHOLM, M. (1975): *Human Geography: Evolution or Revolution?*, Harmondsworth, Penguin, 1975.
- CHORLEY, R. J. y HAGGETT, P. (1967): *Models in Geography*, Londres, Methuen, 1967.
- CLAVAL, P. (1964): *Essai sur l'evolution de la géographie humaine*, París, Les Belles-Lettres, 1964.
- CLOZIER, R. (1972): *Histoire de la géographie*, París, P. U. F., 1972, 5.^a ed.
- DICKINSON, R. E. (1969): *The Makers of Modern Geography*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1969.
- DILTHEY, W. (1911): *Die Typen der Weltanschauung und ihre Ausbildung in den metaphysischen Systemen*. Versión castellana: *Teoría de las concepciones del mundo*, Madrid, Revista de Occidente, 1974.
- FOUCAULT, M. (1969): *L'archéologie du savoir*, París, Gallimard, 1969.
- HARTSHORNE, R. (1939): *The Nature of Geography*, «Annals of the Association of American Geographers», XXIX, 3-4, pp. 171-658.
- HARVEY, D. (1969): *Explanation in Geography*, Londres, E. Arnold, 1969.
- HETTNER, A. (1927): *Die Geographie: Ihre Geschichte, ihr Wesen und ihre Methoden*, Breslau, F. Hirt, 1927.
- JAMES, P. E. (1972): *All Possible Worlds. A History of Geographical Ideas*, Indianapolis, The Odyssey Press, 1972.
- JOHNSTON, R. J. (1978): *Paradigms and revolutions or evolution? Observations on Human Geography since the Second World War*, «Progress in Human Geography», 2, 2, pp. 189-206.
- KOLAKOWSKI, L. (1966): *Filozofia Pozytywistyczna*. Versión castellana: *La filosofía positivista*, Madrid, Cátedra, 1979.
- KUHN, T. S. (1962): *The Structure of Scientific Revolutions*. Versión castellana: *La estructura de las revoluciones científicas*, México, F. C. E., 1971.
- MOULINES, C. U. (1979): *La génesis del positivismo en su contexto científico*, «Geo-crítica», 19.
- SCHAEFER, F. K. (1953): *Exceptionalism in geography: A Methodological Examination*, «Annals of the Association of American Geographers», XLIII, 3, pp. 226-249.
- SMITH, N. (1979): *Geography, Science and Post-positivist Modes of Explanation*, «Progress in Human Geography», 3, 3, pp. 356-383.
- TROELTSCH, E. (1922): *Der Historismus und seine Probleme*, Tubinga, Mohr, 1922.
- WRIGHT, G. H. von (1971): *Explanation and Understanding*, Ithaca, Cornell Univ. Press, 1971.

Resumé: pour un schéma historique de la pensée géographique

L'objectif de cet article est de contribuer à la construction d'un schéma compréhensif de l'histoire de la géographie moderne, considérée comme une science sociale qui partage les problèmes méthodologiques propres à cette aire de connaissance. On propose que l'évolution des sciences sociales soit régie par la polémique, ouverte au XVIII^e siècle et pas encore tranchée, entre *naturalisme* et *historicisme*. Le dialogue entre ces deux propositions méthodologiques, basées sur des visions du monde complètement différentes, engendre une série de façons historiques concrètes qui se succèdent en alternance dans le contrôle des sciences sociales tout au long de ces derniers deux siècles: *Lumières*, *positivisme* et *neo-positivisme* dans la tradition naturaliste; et *romanticisme* et *néo-romanticisme* dans la ligne historiciste qui semble aujourd'hui dominer de nouveau après l'essor néo-positiviste des décennies postérieures à la deuxième Guerre Mondiale. En ce qui concerne la géographie, on considère que le point de départ de la discipline dans sa forme moderne se situe dans la période des lumières, avec la conversion des anciennes idées sur la détermination ambiante en hypothèses scientifiques. Utilisé avec réticence l'ambientalisme devient une pièce centrale de la culture romantique, qui est la principale responsable directe du remaniement de la géographie. L'apogée des idées évolutionnistes dans la version naturaliste dérivée de Darwin permet la consolidation de la géographie, comme sciences de relations, dans le contexte de la spécialisation progressive des communautés scientifiques propre à la dernière partie du XIX^e siècle. La tendance à la dispersion favorisée par le dualisme méthodologique caractéristique du néo-romanticisme est mitigée par la concentration dans les études régionales. En ce qui concerne cette dernière étape, le néo-positivisme se caractérise par la restauration du monisme méthodologique et par l'élévation de celui-ci au statut de principe unificateur de la géographie, centrée maintenant sur la culture des études de type général. Ces derniers lustres, cette mise au point «scientifique», apparemment neutre est en train d'être l'objet de critiques à travers lesquelles affluent une fois encore les thèmes traditionnels de l'historicisme.

Abstract: Towards an historical vision of geographical thought

The aim of this article is to contribute towards the construction of a comprehensive vision of the history of modern Geography, conceived as a social science which shares the methodological problems peculiar to this branch of knowledge. It may be said that the evolution of the social sciences is dominated by the conflict, started in the 18th century and still not been resolved, between *naturalism* and *historicism*. The dialogue between these two methodologies, based on different world visions, gives rise to a set of specific historical forms which have been alternatively replacing each other in their control of the social sciences for the last two hundred years: *Enlightenment*, *positivism* and *neopositivism* within the naturalist tradition, and *romanticism* and *neo-romanticism* within the historicist tradition which at present seems to prevail again after the neopositivist surge following the Second World War. As regards geography, it is thought that the starting point of the discipline in its modern form is to be found in the Enlightenment period, when the old ideas on environmental conditioning were replaced by scientific hypothesis. Used only reticently within the framework of 18th century rationalist ideas, environment became one of the key ideas of romantic culture, which is directly responsible for the refounding of geography. The surge of evolutionist ideas according to the naturalist conception as derived from Darwin favoured the consolidation of geography, as a science of relations, within the context of the increasing specialization of scientific communities in the latter part of the 19th century. The tendency towards disgregation favoured by the restoration of methodological monism and its universal acceptance as the unifying principle of geography which now concentrated on the promotion of general studies. In recent years, this «scientific», apparently neutral approach has been criticised, so that once again the traditional themes of historicism have begun to resurface.